

Sección Bibliográfica

No resulta del *amor fati* (o amor al destino marcado por nuestro deseo) sino del *amor facti* (amor al *factum* que cada uno somos).

Luis Fernández Navarro

* * *

Francisco Rodríguez Valls, *Orígenes del hombre. La singularidad del ser humano*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2017.

El profesor Rodríguez Valls nos vuelve a ofrecer, como ya lo hiciera en 2015 con el volumen “*El sujeto emocional*”, un libro a medio camino entre el manual para el estudiante de antropología filosófica y el ensayo filosófico. En él se atreve a afirmar tesis hermenéuticas en discusión con algunas de las posiciones racionales presentes en la discusión sobre los límites y la definición de lo que sea la naturaleza humana. No hay que considerar un demérito este carácter híbrido que señalamos, pues mal manual de filosofía sería aquel que repitiera afirmaciones, unas detrás de las otras, sin más sentido que el de afirmarlas y, peor ensayo aquel, que solo se basara en ocurrencias propias de la barra de un bar más que en conocimientos ya sometidos al laborioso y lento ejercicio de su discusión y decantamiento. Además, hay que tener oficio, seguro que destilado en las largas horas de docencia que el autor acumula desde los lejanos años de su dedicación a la enseñanza media, para alcanzar lo que Rodríguez Valls en este libro: exponer con sencillez y claridad lo que la ciencia biológica afirma con evidencia empírica acerca de la naturaleza humana, al mismo tiempo que discutir filosóficamente con las pretensiones que tales evidencias se arrojan, al menos en textos ya señeros de la divulgación científica actual, en el campo de la antropología filosófica.

Que celebremos el estilo y el formato del texto no nos exime de señalar algunos problemas que nos presentan tanto la exposición de conocimientos, como la defensa de las tesis que propone el autor.

El primer problema no debería *a priori* serlo, pero termina por apoderarse del escrito: la argumentación del texto depende de una interpretación fielmente literalista de la tradición aristotélica. Y de la

tradición que hunde sus raíces tanto en los trabajos de Porfirio como en las propuestas, ya vetustas, del cónsul Boecio. Aunque considero que el esquema conceptual y ontológico aristotélico ofrece un punto de partida ventajoso para afrontar racionalmente la biología actual, considero que no puede tomarse como un punto de partida absoluto.

Vayamos directamente al asunto: el texto de Rodríguez Valls insiste una y otra vez en el concepto, lógico y ontológico, de “diferencia específica”. Sin este concepto, apenas nada quedaría en pie de las tesis hermenéuticas defendidas en *“Los orígenes del hombre”*, pero este concepto no aparece actualizado ni destilado por los siglos de discusión que lo acompañan. La discusión, venga de donde venga, arriba siempre al mismo puerto: ¿hasta qué punto es posible trazar con distinción una “diferencia” que sea claramente “específica”? Sé que el autor, si llega a leer estas líneas, estará en este momento afilando su argumentario anti-gradualista, que tan bien despliega en el texto de marras, pero permítame que le diga que antes que de gradualismo, estamos hablando de vaguedad de los conceptos y de fronteras difusas: primero, un problema lógico, luego veremos si también lo es ontológico. Porque nos interesa más valorar la capacidad que tienen los conceptos, en este caso el de diferencia específica, de definir y limitar pues esa es una de sus principales funciones. Quizá lo “específico” de una “diferencia” tenga un sentido pragmático cuando hacemos una clasificación botánica o zoológica o cuando no nos queda más remedio que promulgar una ley (por ejemplo, que distinga a determinados mamíferos como animales y otros como personas), pero si miramos bien el asunto sabemos que tales diferencias han sido fruto, las más de las veces, de una decisión pragmática más que de una observación abierta, cautelosa y precisa de los hechos. Aunque miremos muchas veces dos realidades diferentes no encontraremos suficiente evidencia de aquello que marca, con claridad, su diferencia. Basta con mirar, por ejemplo, a cualquier ser humano para darse cuenta cuántas veces se mueve su diferencia específica a lo largo de la vida: cuán cerca está del animal o de su dios en ocasiones y cuántas veces desmiente, por desgracia, lo que parecería su auténtica naturaleza humana.

Sección Bibliográfica

No quisiera yo pecar de nominalismo, pues mi demanda al texto está relacionada con una cierta obsesión, eso sí escéptica, por la precisión, y me parece a mí que si queremos hacer un uso masivo del concepto de “diferencia específica” merece la pena confrontarlo con la propia noción de “especie” que emerge con la biología moderna, es decir, darwiniana y que está en relación con la noción estadística, y malthusiana, de población más que con una noción meramente sumativa e ingenuamente lógica de individuos reunidos en una clase. Las poblaciones son entidades más abiertas que las clases lógicas de las que son imagen las especies aristotélicas, herederas de los géneros platónicos. Ya no representamos gráficamente los árboles evolutivos como árboles lógicos organizados por las jerarquías de géneros, especies e individuos, antes bien son circunferencias en las que se sitúan las especies en la proximidad poblacional que les corresponde. Solo este indicio gráfico debería movernos a los filósofos, especialmente a los académicos que custodian los conceptos arqueológicos de la filosofía, a darles una nueva vuelta a nociones que usamos como si pudieran seguir vigentes sin más ni más. Quisiera que, en sucesivos libros o artículos, nuestro autor ahondara en esta cuestión sometiendo los conceptos que legítimamente le prestan servicio a la fuerza de su argumento, con las nociones que son de uso común en el campo científico de la biología contemporánea.

La lectura de algunos libros de Carlos Castrodeza, darwinista nietzscheano, o de Andrés Moya, discípulo del biólogo Francisco Ayala, podría haber contribuido a limar las asperezas que el concepto aristotélico decimos que posee para afrontar una crítica filosófica productiva del conocimiento biológico actual. Aunque el elenco de lecturas que el autor ha manejado es muy amplio tanto en intereses como en disciplinas, lecturas que, además, son discutidas una a una por el autor, he echado de menos una referencia a estos dos pensadores, españoles para más señas, cuyas aportaciones al campo de estudio del libro que comentamos son algo más que apreciables. En discusión con ellos, Rodríguez Valls habría encontrado que una cara muy importante del problema filosófico actual acerca de la naturaleza humana es de naturaleza conceptual y que sin una discusión en este nivel es difícil que podamos hacer avanzar las distintas posiciones. Vuelvo a insistir

que no nos estamos poniendo nominalistas: aquí el concepto no es solo un nombre, también mienta las posibles realidades que pretende recoger bajo él y por tanto no solo se juega la posibilidad de comprensión de algo, sino la misma realidad del algo que está siendo comprendido.

Al ahondar en esta cuestión llegamos al segundo problema central del libro: el autor utiliza el término *biología* como si tal concepto estuviera ya ganado y todos tuviéramos muy claro qué es lo que se quiere decir con tal nombre. Nada más lejos de la realidad actual: *biología* es un término en discusión pues sus fronteras son difusas, ¿qué es, exactamente, lo que estudia la biología?, sus principios metodológicos son plurales y discontinuos, i.e., es difícil dar pasos de los genes a su expresión y de su expresión al fenotipo, y sus conclusiones especialmente abiertas a la hermenéutica. Nada que ver con los conceptos análogos de “física”, “química” o “matemática” que han gozado de una claridad meridiana, que también está en franca decadencia gracias a la nueva ciencia de la complejidad o a la cada vez mejor fundada teoría general de sistemas. La *Physis* griega, la *Natura* latina es hoy la *Biología* que incluye, en su concepto, el estudio de ella, cosa que no les pasaba a las anteriores. Es cierto que la biología como noción compleja no es el tema de este libro, pero es tal su uso que quizá el autor deba dedicar tiempo a qué podemos entender por biología y cómo eso mismo afecta a la noción de ser humano que tenemos. Una visión sistémica y compleja de la biología quizá aclare el lugar que puede ocupar una noción tan añeja como la diferencia específica.

Siendo estos dos los problemas a los que se debe enfrentar el texto, conviene destacar que los vamos encontrando en una exposición fantástica del conocimiento actual disponible en antropología filosófica, sin hurtar ni una sola verdad que pueda provenir del campo de las ciencias experimentales. La honestidad intelectual de Rodríguez Valls está fuera de toda duda y en ningún momento se deja llevar por esas pulsiones histéricas que muchos pensadores españoles tienen cuando se ponen a hablar del ser humano, como si supieran por sí mismos, previo ejercicio de quedar limpios de toda opinión, todo lo que se puede saber sobre el hombre. Destaquemos, en primer lugar, la brillante crítica al reduccionismo que hace Rodríguez Valls: poco hay que

añadir a sus argumentos y la inclusión de la diferencia entre conocimiento fundado y proyecto de investigación debería presidir la divulgación científica actual en los medios y en el mundo editorial. La distinción, por otro lado y dicho con todo el cariño, vincula al autor con alguno de los mejores momentos de la *Crítica de la razón pura*.

La discusión sobre la inteligencia, que es donde reside la diferencia específica al buen entender del autor, está fundada en los conocimientos disponibles que tenemos gracias a las neurociencias pero también en las distintas visiones que los filósofos actuales han desplegado sobre ella. Considero, una vez más, que esta discusión ganaría mucho si revisamos el concepto de “biología”, pues quizá la inteligencia sea una entidad transbiológica, pero esto es harina de otro costal y de otra discusión. Quizá si, respecto del asunto de la inteligencia, el texto se hubiera enfrentado a Spinoza y no al Spinoza de Damasio hubiera dado con interesantes contrapuntos a sus propias nociones pues en Spinoza hay sugerencias mucho más desafiantes sobre la inteligencia que en Damasio. Por regla general se echa mano de Spinoza para defender posiciones monistas, materialistas y deterministas de la conciencia humana sin caer en la cuenta de que los atributos de la sustancia infinita son lo que nosotros somos capaces de concebir de ella y, por tanto, no se identifican propiamente con ella. La falta de atención que, en el estudio de Spinoza se ha tenido a sus raíces hebreas, han ocultado cuestiones de enorme relevancia para hacer mejor justicia al filósofo sefardí. En especial, una lectura actualizada de Spinoza sería de gran ayuda para deshacer el dilema entre gradualistas o su contrario (¿cómo lo podríamos llamar: singularistas?) y ver la inteligencia, no como la diferencia específica de los humanos que los vendría a situar más allá de la naturaleza sino, como uno de los atributos de la naturaleza que nosotros podemos conocer. Todo un desafío para “*Los orígenes del hombre*”.

El capítulo final, en el que el autor recoge con demasiada premura el estado actual de la discusión en torno al ser humano, no debería ser el final del libro pues, en realidad, es un anuncio de un libro por venir en el que espero que algunas de las cuestiones que acabamos de plantear al autor encuentren cabida y así podamos seguir discutiendo y ampliando nuestra filosófica amistad.

Sección Bibliográfica

Jorge Úbeda